

MÚSICA SACRA

I. ORIGEN Y FUNCIÓN

1.- Diferentes teorías se han elaborado para explicar el origen de la música en la cultura humana. Un dato es seguro: A través de la historia, excepto recientemente, la música no se ha considerado como una forma independiente de arte, sino relacionada con otras actividades: Ceremonias religiosas, funciones militares y de la corte, dramas, baile, ceremonias de bodas y aun con el trabajo.

La palabra “música” se deriva del Griego “mousiké”, el arte de las Musas, el cual, en la Grecia antigua, se refería indistintamente a la música, al canto, a la danza, a la actuación, a la poesía o a la combinación de estas actividades. Al parecer, la música ha sido un arte asociado a lo largo de casi toda su historia; sin embargo, en tal asociación, fue un ingrediente esencial para intensificar y enaltecer la actividad.

Finalmente, la Música no se originó con el hombre, sino que ha estado siempre inherente a la naturaleza y, siendo el hombre parte de ésta, entonces, las teorías al respecto realmente no tienen objeto. Sería suficiente con decir que lo que llamamos Música, la expresión continuada de sonidos graduados, es parte de la naturaleza humana, ya que se encuentra en el cosmos. Teniendo así su origen en la creati-va Inteligencia de Dios. San Gregorio de Sinaí, hablando de la música en la Iglesia, dijo: “En los salmos se nos dice que podemos elevarnos, en verdad, de lo sensorial a lo intelectual.”

La música sacra es edificante y tiene un poder transformador. Se basa en la materia, ya que todos los sonidos proceden de vibraciones de algo material, con efectos que elevan los sentidos a un plano superior. Y ya que la Música siempre requiere del elemento tiempo, es por su naturaleza un evento. Es atrás bien dinámica que estática, un movimiento fluido más que una “vida tranquila.” Más que cualquier otro arte, tiene la posibilidad de cambio y transformación. En el caso de la Música genuinamente espiritual, puede elevarse de lo sensorial a lo subli-me. Como es usual, San Juan Crisóstomo lo expresó mejor: “Nada eleva tanto al alma y le da alas, y la libera tanto de

la tierra como de sus cadenas del cuerpo, lo hace anhelar la inteligencia y la alivia de las preocupaciones de esta vida, como la melodía y el ritmo que poseen las canciones sagradas.”

2.- Entonces, la Música, por su propia naturaleza, tiene el poder de elevar y transfor-mar el corazón humano. Es muy común utilizar canciones cuando uno desea refrescar y “recrear” el alma. Dicha recreación ocurre cierta y profundamente cuando nuestra alma acude

al canto para glorificar a Dios. Obviamente, no toda la Música tiene como fin la Glorificación de Dios o la recreación del alma. De hecho, hoy la mayoría de la música es “secular”: Música para el entretenimiento, el baile, como fondo mientras se trabaja, se maneja, se va de compras, en fin, para varias actividades no relacionadas con Dios. Aun hay una gran (y lucrativa) parte de música contemporánea que está conscientemente en contra de Dios y que busca satisfacer los más bajos instintos y apetitos del hombre. Lo más angustiante en la presente época es la introducción de estilos profanos y mundanos de música en muchas Iglesias. Entristece ver que el vasto volumen de “música” producida día con día por medio de la electrónica ni glorifica a Dios ni eleva al hombre. Es más, ni siquiera busca esto. Sólo refleja y alimenta la cultura profana y secular en la que vivimos. Así como el humano pecador que no se arrepiente de sus pecados va en contra de su naturaleza, así sucede con la música profana.

Podría, entonces, llamársele “Anti-músi-ca.” Para aquellos que todavía aceptan la tradi-cional Revelación Cristiana concerniente a la naturaleza del hombre y a su importancia en la creación, no podrá existir alegría o satisfacción en cualquier arte que ignore, niegue o se separe de Dios; y menos aún, en la música, debido a su natural potencial para elevar el corazón o la mente. La música puede reflejar la armonía del cielo y nos puede proveer de una antici-pación del esplendor del Siglo Venidero. La música sacra es, entonces, verdadera, y refleja las verdades profundas sobre Dios y el hombre: Que el universo no se creó por sí solo ni así se sostiene, sino que fue creado por Dios y contiene su presencia.

3.- La práctica cristiana del culto incluyó la música sacra desde sus principios. En la Última Cena, cuando Nuestro Señor Jesucristo instituyó el Misterio de su preciado Cuerpo

y Sangre, El y sus discípulos cantaron Himnos antes de que partieran para el Monte de los Olivos (Mateo 26:30; Marcos 14:26). Y San Pablo, escribiendo a los “fieles santos” de Efeso, aconsejó: “...llenaos más bien del Espíritu. Recitad entre vosotros salmos, himnos y cánticos inspirados; cantad y salmodiad en vuestro corazón al Señor” (Efesios 5:18-19).

Los primeros cristianos continuaron simplemente con la herencia judaica de cantar salmos, agregando gradualmente nuevos himnos con contenido específicamente cristiano. La idea de que la música sacra se desarrolló sólo después de la época de las persecuciones a la Iglesia es errónea. De hecho, fue por medio de salmos e himnos que los intensamente creyentes expresaron su fuerza y regocijo ante el Señor Resucitado, durante esos largos años

de persecución. Al finalizar esta difícil etapa de la Iglesia, su música continuó y prosperó como antes.

Durante la época de los Siete Concilios Ecuménicos (siglos IV-VIII), la música de la Iglesia recibió su estructura y carácter definitivos.

Algunos de los más inteligentes herejes de aquella época conocían bien el poder de la música para cautivar los corazones humanos. Y así, astutamente expresaron sus falsas doctrinas con melodías alegres y contagiosas, que se difundieron rápidamente entre la gente. Pero el carácter de las melodías, consonantes con la falsedad de su contenido, repercutieron en la música del teatro y del circo. En oposición a los herejes, los Padres de la Iglesia crearon guías a seguir para la música que se utilizara en el Culto Ortodoxo. Las características principales de la música sacra ortodoxa definidas durante los Grandes Concilios son todavía normas canónicas para la música de Iglesia de estos tiempos; y se expresaron de la siguiente manera: La primera es obvia, la música es puramente vocal. No se utilizan ni órgano acompañante ni otros instrumentos. La voz humana por sí sola glorifica a Dios. Existen varias razones para esto. Durante los años formativos de la Iglesia, el órgano, junto con otros instrumentos musicales se asociaban con el teatro o el circo; por lo que evocaban una atmósfera de frivolidad pagana para el cristiano. Hasta en la Iglesia Occidental todavía en el siglo XV no se permitían los instrumentos;

siendo hasta fines del siglo XVI cuando el órgano era apenas tolerado y la música era principalmente “a capella.”

La objeción más profunda a los instrumentos era que su uso no se consideraba consonante con la naturaleza espiritual del Culto Cristiano. En el pasado, el Culto Judío los incluía, pero sólo como ayuda a las debilidades humanas, a la imperfección del hombre bajo la vieja Ley. San Juan Crisóstomo dijo al respecto: “Antiguamente, David cantaba con salmos, hoy todavía cantamos como él; David tenía una lira con cuerdas sin vida; la Iglesia, con cuerdas vivientes. Nuestras lenguas son las cuerdas de la lira, con diferente tono en verdad, pero con una piedad más armoniosa.”

El Culto Cristiano es el más elevado y perfecto en virtud de la Revelación de Dios por Jesucristo. Los instrumentos musicales son de la parte imperfecta de “este mundo”, no tienen vida, son mecánicos y ostentosos; e introducen al carácter un elemento lujurioso, ideado y teatral. La pura voz humana es la lira de las “cosas vivientes” por su flexibilidad, y el sentido cálido y profundo que expresa, siendo así el instrumento único para el culto perfecto en el “Nuevo Israel.”

Jesucristo ha inaugurado una nueva era, la Nueva Creación, en donde los fieles ahora adoran en “espíritu y verdad” (Juan 4:23-24).

La segunda característica principal es que la música, siendo totalmente vocal, se apega fielmente al texto. El texto en realidad es importantísimo ya que las palabras y su significado sugieren la misma cadencia y ritmo de la música. Y debido a que la Iglesia Ortodoxa no conoce música sacra sin palabras, la melodía siempre procede del texto y para el texto. La música sacra es un cántico sagrado, que no se mide por medios comunes o ideados. De ahí que no existan escritores profesionales de himnos en la historia musical ortodoxa, sino poetas litúrgicos, cuyo trabajo principal fue la oración, en vez de la música o poesía. Fueron, sin excepción, padres místicos y dedicados. El contenido de los himnos son declaraciones objetivas de la Doctrina Ortodoxa, nunca subjetivas. Cada verso, cada estrofa, es una declaración maravillosamente poética de la Fe.

Los Servicios, especialmente los Maitines y las Vísperas, contienen estos himnos, “combinados con Glorias y partes de versos de los salmos como perlas en un cordón.”

Así como no existe música litúrgica sin palabras, tampoco hay palabras sin música durante el Culto. Además de la himnología formal, todo lo demás es cantado “en forma de salmo”, las lecturas, las oraciones, el Credo, todo. En las iglesias generalmente se da la lectura con una voz monótona, no tonal o dramática, o con recitación de partes de la Misa hecha por los feligreses, siendo esto una influencia del culto protestante, sin tener ninguna base o precedente en la historia del Culto Ortodoxo. Este movimiento se puede observar como algo desafortunado y que lleva a la secularización de la tradición litúrgica ortodoxa.

Cabe mencionar dos aspectos de la música sacra ortodoxa que siguen en uso. El primero es: cantar antifonalmente. La práctica de dos coros cantando alternadamente es una tradición que fue firmemente establecida en la Iglesia desde sus inicios. Tiene ventajas prácticas y espirituales. Prácticamente posibilita a los cantantes a cantar durante un largo periodo sin fatigarse, ya que tienen momentos para descansar. Y espiritualmente le da lucimiento y alegría la liturgia, manteniendo a los feligreses entusiasmados.

El segundo aspecto es que, aunque mucha de la música litúrgica en uso en las Iglesias Ortodoxas ahora es armonizada, los cantos tradicionales bizantinos son monofónicos y a veces con notas monótonas, como en la antigüedad. La polifonía apareció en Rusia a fines del siglo XVI como un desarrollo natural del “alma” rusa, y conjunta en acordes las distintas voces. Después, las armonías se volvieron más sofisticadas ya que compositores profesionales armonizaban los cánticos y escribían música original con un alto grado de belleza estética. Sin embargo, dicho proceso llegó a ser más y más dominado por la influencia “occidental”, abriendo así las puertas para el bien de la música. Aquellos que continúan con la discusión sobre el canto estrictamente monofónico aciertan en que la armonía destruye la pureza, santidad y poder del cántico simple. Quienes prefieren la música armonizada insisten en que existe la posibilidad de un canto sencillo, el cual no sea ostentoso, y que además tenga el efecto de elevar y embellecer el cántico y su texto. Cada lado discute que su método tiene mayor poder transformante en los corazones de los feligreses. La controversia no será solucionada aquí.

Tal vez la solución está en mantener ambas tradiciones, dependiendo del carácter propio de cada cántico en particular. Armonizado o no, todos concuerdan en que la música de la Iglesia tiene mayor eficacia cuando no es complicada y mantiene la expresión directa tanto del texto como del momento litúrgico.

A través de la historia continuada de la Iglesia Ortodoxa, los ideales siguen manteniéndose como guía a seguir para todos, aunque las estructuras básicas de la música sacra hayan o no sido llevadas a cabo en su totalidad en cada iglesia. Ninguna comunidad, ni parcial, ni local, tiene el derecho de cambiar o ignorar estas bases canónicas. Cada generación deberá de recibir la sabiduría de la tradición musical, para que los cantos en la iglesia puedan continuar satisfaciendo y manteniendo su rol propio y sagrado en el Culto Público. Dicha satisfacción, como se ha tratado de mostrar en este ensayo, es un logro de la propia naturaleza de la música. Y esta naturaleza es llevar a los mortales al Inmortal, al Trono de Dios en donde toda armonía tiene su principio y su fin.

MÚSICA SACRA

II. EL CORO

1. Desde los primeros años de la Iglesia existió una definida distribución de la participación musical entre el clero, un equipo de cantores entrenados y el cuerpo entero de feligreses. Dicha distribución de hecho reflejó la práctica judía más antigua tanto en el Templo como en la sinagoga. En la división, todos estaban incluidos, y cada grupo participaba en su correspondiente momento. El hecho es que, tanto en las tradiciones judías como cristianas, la música fue una parte integral del Culto, y no sólo una “decoración agregada.”

Aquellos que eran designados al equipo especial de cantores (el coro) tenían obviamente aptitudes para el canto y poseían el conocimiento de la Sagrada Liturgia, ya que la música era parte esencial de todas las funciones litúrgicas. Los miembros del coro consideraban que su función era de gran importancia, y que en realidad, ésta era su vocación.

Estos cantores especiales, de hecho se consideraban dentro de las órdenes del clero. Se nos da una lista de oficiales de la Iglesia en orden de rango que viene del Concilio de Laodicea (A.D. 343-381) y es como a

continuación se menciona: Presbíteros (padres), diáconos, subdiáconos, lectores, cantores, exorcistas, guardianes de puerta y ascéticos. Aunque los cantores no se contaban como miembros del alto clero, no obstante, se consideraban como un grupo distinguido e importante, sepa-rado por su trabajo y por un rito especial en el que se les rasuraba la cabeza. Este mismo Concilio emitió un decreto (Canon 15) estipu-lando que “nadie podrá cantar en la Iglesia, más que los cantores canónicos que suben al atrio y cantan de un libro.”

Esta ley no excluía a los feligreses, quienes respondían en los momentos propios y acostumbrados; y siempre han cantado el “Amén” y otras contestaciones como “¡ten piedad!”, “¡A ti, Señor!”, “¡Concédenos, Señor!”, “y con tu espíritu”, “Los tenemos levantados...”, etc.

En los primeros años, durante el canto de los salmos, ya existía una costumbre muy difundida de cantar estribillos simples después de cada verso o sección. Dicha práctica fue, al parecer, la precursora de cantos antifonales (cantos alternados entre dos coros o un solista y el coro). Y este canto alternado pronto se volvió la forma predominante para cantar los salmos, y tiene su comienzo en época muy tem-prana como es la primera parte del Segundo Siglo.

Obviamente se requeriría de un coro especializado para las partes musicales más elaboradas. Con el propósito de mantener la función única del coro se formuló el Canon 15, siendo una aplicación práctica del consejo de San Pablo cuando dijo, “Pero hágase todo con decoro y orden” (Ia. Corintios 14:40). En el antecedente culto judío, se desarrollaron pasajes musicales elaborados, por ejemplo, la palabra “Aleluya”, la cual necesitaba de can-tores especiales. Los cristianos han continuado con esta práctica y aun con la palabra “Aleluya” sin traducir. Naturalmente, después, a la nueva Iglesia le fue necesario agregar himnos a la herencia musical hebrea, himnos que expresaran y glorificaran la Revelación de Jesucristo. Dando así riqueza y complejidad a una tradición litúrgica ya establecida. Fue entonces cuando, bajo este punto de vista, el coro especializado se convirtió en una verdadera necesidad.

2.- Hoy, los miembros del coro no se ra-suran la cabeza ni se consideran “clérigos” en ningún sentido formal. Aún así, su función sigue siendo tan importante como lo fue en los princi-pios de la Iglesia. Los miembros del coro no deberán separar su trabajo musical de su espi-ritualidad personal.

Teófano el Recluso, gran Obispo y escri-tor espiritual del siglo XIX, dijo:

“El propósito de las canciones de la Iglesia es precisamente el que la chispa de la Gracia es-condida en nosotros se avive con gran fervor. Esta chispa se da con los Sacramentos. Himnos, Salmos y Odas espirituales se introducen para alimentar la chispa y transformarla en flama...”

“En la Iglesia, la música ayuda a aumen-tar nuestra Gracia de Dios y quienes sólo la ven como un placer estético o un “concierto” religioso, pierden su objetividad. Es de suma importancia que los hombres y mujeres que forman el coro sean personas espirituales y que siempre busquen cantar con el corazón.”

Y así, el Obispo Teófano continúa:

“Es necesario no sólo comprender la canción, sino simpatizar con ella, aceptar el contenido de la canción en el corazón y cantarla como si viniera de nuestro propio corazón. En los tiempos de los Apóstoles sólo quienes estaban en dicho estado podían cantar; cuando los demás entraban en dicho estado, toda la con-gregación cantaba y glorificaba a Dios solamente desde su corazón. ¡No es para asom-brarnos, por tanto, el que toda la congregación se llenara del Espíritu! Se encuentran grandes tesoros escondidos en la música de la Iglesia, si se lleva a cabo propiamente.”

Los Padres enseñaron esto mismo en tiempos antiguos; por ejemplo, San Atanasio (295-373): Quienes cantan correctamente “hacen un salmo no sólo con su lengua, sino también con su mente, y se benefician no sólo ellos mismos, sino también aquellos que desean escucharlos...”

San Juan Crisóstomo: “Quienes cantan un salmo se llenan del Espíritu Santo, así como quienes cantan canciones satánicas se llenan de un espíritu sucio...”

Por lo tanto, para lograr una música ge-nuamente espiritual se requiere de cantores calificados técnica y espiritualmente, los cuales deberán poseer una devoción verdadera y la virtud de la humildad, siempre cantando en un estado de “atención interior”, (término utilizado por los Santos Padres). “Deberán ser excluidos a toda costa los extremos de un canto sin cuidado o artificial o teatral. El Canon 75 del Concilio “In Trullo” (A.D. 681) afirma: “Quienes cantan en las Iglesias no deberán utilizar vociferaciones desordenadas, ni gritarán, ni adoptarán modelos incongruentes o no propios para la Iglesia; deberán ofrecer solemnidad a Dios, Quien es el observador de secretos, con gran atención y compostura.”

Cada himno, verso o frase, en la Divina Liturgia, deberá ser ejecutado con un ritmo apropiado y con acentos naturales y propios al idioma. Esto requiere cantores dedicados no sólo a la música, sino principalmente a la Fe,

al Evangelio de Jesucristo, que es el contenido de la música. Fuera de la Iglesia, ellos deberán llevar una vida ejemplar, llena de fe y amor, ya que quien sólo “tiene fe durante la Divina Liturgia no es un verdadero cristiano.” 3.- Cada acto o trabajo de la Iglesia requiere de una gran preparación. Cantar no es una excepción. Los cantores deberán prepararse continuamente para que su trabajo pueda ser fructífero y valioso. No se deberá dar por supuesto que los que ya tienen experiencia no necesiten seguir practicando. Para alcanzar el éxito de cualquier trabajo siempre se necesitará un esfuerzo preparatorio.

¿Cuáles son los actos específicos de preparación para un cantor?

a) Primero, técnicamente: El cantor deberá ejercitar su voz y mantenerla en buena condición. Esto podrá lograrse simplemente cantando en casa, durante el trabajo o en los momentos libres. Y lo mejor será practicar con la música de la Iglesia, pues al mismo tiempo se alabará a Dios continuamente.

b) Cada coro deberá tener ensayos regularmente durante el año. Será obligación de todos los cantores asistir a éstos. En algunas parroquias no se les permite cantar durante la Misa a quienes no ensayaron. Esta es una buena medida, siempre y cuando se lleve a cabo consistentemente y sin excepción. Si el coro no se junta para ensayar regularmente, el director deberá elegir un día fijo de la semana, y aun cuando no cuente con todos los miembros se deberá continuar con los ensayos; de esta manera, los demás tomarán conciencia de que es algo serio y de responsabilidad, por lo que harán un esfuerzo mayor para asistir. De no ser así, deberán considerar el dejar su lugar a quien sí desee participar.

c) Ya que el canto no se puede separar de lo espiritual, los cantores deberán colaborar en las actividades de la parroquia, participando regularmente en los Sacramentos y en otros aspectos propios de la Iglesia, como son las actividades educativas, caritativas y misioneras.

d) Al participar en el Culto Público de la Iglesia, se requiere que cada miembro cultive personalmente la vida espiritual. Si no se encuentran ligados los aspectos espiritual y corporal en el cantor, podrá causar una deformación. Aquel que practica sus oraciones fervientemente en casa, podrá unirse a los demás en el Culto Público; quien no lo haga, será un obstáculo en la Iglesia.

e) No es posible entrar a la Iglesia e inmediatamente empezar a cantar “con atención y disposición debidas.” Se requerirá de un periodo de ajuste: un tiempo de oración en silencio. Será difícil para un cantor que llega tarde el poder unirse al canto. Y es muy común el tener en el coro personas que nunca llegan a tiempo. Así como quienes sirven en el Altar necesitan de un período de silencio antes de comenzar, también los cantores, ya que es el mismo Santo y Todopoderoso Dios que se venera tanto en el balcón del coro, como en el Altar.

f) Nos encontramos en una época secular e hiperactiva en la cual ya muy poca gente, incluyendo a los miembros del coro, asiste a la Iglesia, pues cuando mucho se presentan el domingo en la mañana. Los cantores no deberán ser sólo “Cristianos de Domingo”. Todos los miembros del coro deberán considerarse como un deber estar presentes en todos los Servicios de la Iglesia. Por todo lo dicho anteriormente, ellos deberán ser fieles amantes y seguidores de la Iglesia, desarrollar así un sentido de valores que enaltezca a la Iglesia, hacer a un lado cualquier otro asunto que les impida estar presentes todos los Días del Señor, cada Vigilia o Gran Víspera y en todas las grandes Fiestas. Si esto que mencionamos se nos hace “irreal”, entonces ¿cómo es que esto mismo les fue posible a aquellos que vivieron en culturas en donde el horario de trabajo era mucho más largo y no existía la palabra “esparcimiento”, y aún así asistían a todos los eventos de la Iglesia? Llegamos a la conclusión, entonces, que el problema en nuestra cultura no es el tiempo, sino los valores.

Finalmente, para quien en realidad disfruta de la experiencia del culto de alabanza, el término de un Servicio es el principio anticipado del siguiente. Al final de cada Servicio, el fiel creyente dará gracias a Dios por el encuentro, llevado a cabo en ese momento. Después se inicia la alegre anticipación de la siguiente reunión del Cuerpo de Cristo. También es importante comenzar con arrepentimiento y oración. Los cantores deberán cultivar con gran esmero dicha espiritualidad para que Dios pueda difundir, por medio de ellos, “la fragancia del conocimiento de El en todas partes.” (2 Corintios 2:14).